

SERMON QUE CON TODO EL RESPETO Y LA ESTIMACION
QUE MERECE, DEDICA FRAY ALEJO
A LAS MADRES DE FAMILIA
SEPTIEMBRE DE 1926

EXORDIO

Alguien me preguntaba, por qué razón había suprimido en mis sermones el estribillo: "Castigat ridendo mores".

En primer lugar diré que no es estribillo, sino una especie de postulado que define el carácter de mis prédicas. Estribillo fuera, si al terminar cada oración lo pronunciara; pero no lo hago de ese modo.

Ahora bien, Sr. curioso, suprimo lo ya citado, en mi sermón anterior, como hoy lo hago; porque no siento ganas de reír, ni de hacer reír. La serie de los asuntos que voy tratando, pide a voces que yo también esté serio.

Además, no pienso ya, como antes, en procurar la enmienda de las costumbres. Poco me interesa que el mundo se componga, o siga peor que como está. Yo cumplo la misión sacerdotal que me ha impuesto el Altísimo, predicando, y quien tenga oídos para oír la verdad, que la oiga; quien la quiera entender que la entienda; y quien amarla y seguirla, que la ame y la practique.

¿Qué culpa tengo yo, si llega a caer mi palabra en corazones y voluntades tan duras y estériles como una piedra dura?

Siempre he tenido presente aquel postulado socialista: "Renovarse o morir": pero no soy, ni seré jamás partidario del mal humor, en el uso de mi lenguaje, y menos aún, de la tiranía de las conciencias. Esto no cuadra con el Evangelio que yo predico.

Amo la libertad del que libremente se quiere condenar y, libremente, quiere salvarse, una vez que ha conocido los caminos de la vida y la verdad.

Después de esta renovación de votos en que renuncié del mundo de la risa y de sus pompas y vanidades, así como también de todas las tiranías inventadas por Belcebú, comienzo mi sermón de ahora dedicado a las madres de familia con hijos pequeñitos.

Pido al Espíritu Santo, con todo el fervor de mi alma, que llene mi palabra de

la necesitada elocuencia que reclama la importancia del asunto que voy a exponeros.

Dice el Abate E. Bojo, refiriéndose a los niñitos: "El porvenir del mundo duerme en las cunas"

¡Oh madres, hermanas mías en Adán! ¿Habéis alguna vez meditado en esa verdad que causa tanto miedo como gozo? ¿No ha rozado vuestros corazones, con sus fatídicas alas, el ángel de la duda y de los malos presagios y, haciendo surgir de la cuna, la visión del futuro, os ha hecho temblar de pavor?

Si Eva, hubiese visto a Caín, chorreando sus manos con la sangre de Abel; si Agripina, a Nerón, recreándose con la muerte de ella misma; y si tantas madres hubiesen previsto a sus hijos, verdaderas fieras humanas que destruyeron el mundo, de seguro que horrorizadas habrían apartado sus ojos de la cuna, y su miedo no sabré decir hasta qué punto las llevaría, en su conducta, después de tan amargo desengaño. Yo creo que el fondo de los mares hubiera sido poco, en espacio, para contener sus lágrimas de amargura, y las sombras de la noche pequeñísimo velo para cubrir su vergüenza.

No sucedería así, hermanas mías, si viérais que el carísimo fruto de vuestras entrañas, era para la salvación y la gloria de las naciones. ¡Oh! entonces, el gozo inefable de vuestros corazones no hallaría lugar para caber en vuestro pecho, y estallaría en gritos de júbilo o en dulcísimos coloquios de amor.

Clamaríais a los cuatro vientos la nueva de que teníais un hijo y que era desde ahora vuestro orgullo y vuestra dicha.

Pues bien, madre de tus hijos, contempla esos ojitos llorones, esa boquita gritona y buscadora de alimentos, esas piernitas que luchan por levantarse, esas manecitas que todo quieren cogerlo, ¡Cómo está ahora callado y quieto! Duerme dulcemente. Míralo y medita; pero que no te impacientes y turben las primeras consideraciones que hice.

No carece de razón el que afirmó que, "el porvenir del mundo duerme en las cunas". Más no manches tu mente imaginándote que, en el correr de los años, vaya a ser autor de maldades esa flor de inocencia, al convertirse en fruto. Ese porvenir que hoy duerme, un día dejará la cuna y ensayará moverse por el mundo. Y entonces, permíteme que yo, el pobre Fray Alejo, tranquilice tu conciencia de madre, diciéndote: Cuando el porvenir del mundo abandone la cuna, no hará lo que el pájaro que deja nido y padres y va a la ventura para nunca volver, sino que,

poco a poco irá despertando en tus manos, pidiendo que tú lo prepares y conduzcas a su destino de hombre o de mujer completos.

Eres tú madre, de cualquier patria que sea, la que cultivas en los hogares la dicha y la gloria de los pueblos.

Por eso mientras velas, como ángel de la guarda, el sueño de tu hijito, fórmate un ideal de grandeza y de felicidad. Piensa en tu Patria y en Dios para que puedas fácilmente hallar la inspiración que necesitas. Y una vez que hayas forjado ese ideal en tu mente, trabaja incansable en la nobilísima tarea de realizarlo.

Es mentira, en nuestros tiempos, lo que afirma aquel aforismo: "Natural y figura. . ." La figura quizá pueda permanecer; pero lo que llamamos natural o carácter, es modificable. Un obispo, citado por Samuel Smiles, ha dicho: "Los pequeños corazones y los grandes cerebros son producidos por diversas maneras de educación".

Ella, la educación, puede efectuar grandes conquistas, admirables transformaciones.

Mas no vayas a esperar que haga todo la escuela. Ella sin tí, casi nada hace. Siémbrense en ella ideas, sentimientos y virtudes, y te corresponde a tí la ineludible tarea de dirigir el corazón de tus hijos: de velar el cultivo de sus virtudes.

Es mentira que la escuela sin tí, puede hacerlo todo. Y para no dejar dudas sobre la exposición de verdad tan importante, réstame decirte: que si no te propones ayudar en la educación, en más de cien veces, inconscientemente, la estorbas. Madres hay que con la facilidad con que un rayo desgaja un árbol, desgajan ellas la obra de los buenos hábitos que nosotros queremos cimentar en los niños. ¡Y cuántas hay que también dejan morir, por falta de cultivo, la buena semilla que con tantos afanes sembramos en los corazones de sus hijos!

Si piensas, madre, que tu obligación consiste en darle, únicamente, a tu hijito, comida, vestidos y mimos rebosantes de cariño, te equivocas. Tú deber ser colaboradora eficaz de la escuela.

Utiliza, pues, para cumplir tu sagrado deber, cuantos recursos tengas a la mano, empezando por el del amor. Si de veras amas a tu hijo, procura ser oportuna en tus amores. Bueno está que en los primeros años sea como dice Castelar: "Dios te ha enviado junto a la cuna para que al abrir los ojos, oculten las alas de tu amor la obscuridad del horizonte en que vamos a batallar para conquistarnos la muerte".

Más, luego que se avecina esa lucha inevitable, y que hay que ensayar nuestras fuerzas de combate, como el ave sus primeros vuelos, tu debes ser previsora y ejercitarlo en las disciplinas de la existencia, para que más tarde no fracase. Hazle sentir las durezas del deber. Enséñale, también, a caminar por las espinas y a trepar por las empinadas cuestas de la vida, para que pueda llegar al pináculo del triunfo y de la dicha. ¡Oh, qué maestro y qué predicador podrían contar con la fuerza que tú tienes para convencer a tus hijos! El encanto de tus miradas es capaz de fascinarlos. Las lágrimas de tus ojos funden hasta las más endurecidas voluntades. La ternura de tus besos y de tus abrazos, son la más elocuente palabra.

Madre, no lo olvides: mientras velas el sueño de tus hijitos, piensa que "el porvenir del mundo duerme en las cunas", que va a despertar en tus manos para que lo dirijas, y que es a tí a quien habrán de bendecir los pueblos de todas las edades, porque eres fuente de donde brotan las vidas que han de dar honor y gloria a las naciones.

¡Que así sea por los siglos de los siglos!

Fray ALEJO

FRAY ALEJO DEDICA ESTE SERMON A LOS NIÑOS
QUE SON PARTE PREDILECTA DEL REBAÑO QUE DIOS
HA PUESTO A SU ENCARGO.
NOVIEMBRE DE 1926

Hijitos míos:

Dice la sagrada Escritura: "De la abundancia del corazón habla la boca".

Cierto día que pasé no lejos de un grupo de niños que jugaban en la calle, cerca de una arboleda, sentí amarguísima tristeza, porque me hicieron recordar esa sentencia bíblica, y lamentar, con lágrimas en los ojos, el enorme fracaso, la tremenda desilusión del que ha sembrado buena semilla, y en lugar de ver, en las primeras briznas, asomarse las plantitas que prometen riquísima cosecha, vé salir, ufana y altanera, la intrusa hierba maléfica que roba los jugos de la tierra, y agosta, con los aguardados brotes, sus más dulces esperanzas.

No acerté a saber por qué, pero discutían acaloradamente— casi es seguro que asuntos de muchachos—, y unas veces al unísono y otras en armonioso coro, profesaban maldiciones de todas especies, clases y tamaños.

Al oír ésto, dos urracas que charlaban sobre temas del otoño, escandalizados, volaron a buscar un ambiente puro y saludable.

Dos viejecitas que curzaban la calle, santiguáronese llenas de horror, creyendo sin duda que aquello era un conciliábulo y, según indiscreción de ellas mismas, al llegar a su casa, prendieron una vela a no sé que santo de su devoción, para pedirle, tesoneras, que no se repitan los diabólicos sucesos de por aquel lugar.

Ya os hemos dicho, hijitos míos, en la Escuela y en el Templo: que las malas palabras encierran ideas malas: son imagen de pecados horrorosos, de sórdidos sentimientos, de malevolencia sin nombre.

Además, sabéis también, que el hombre no es malo precisamente por lo que piensa, sino por lo que ama y quiere de lo pensado. Así es que cuando vosotros, manifestando una pasión, usáis maldiciones, es porque amantes, las guardáis en el corazón, como se tiene el parque, como un tesoro de maldad, para emplearlo en la primera vez que se ofrezca.

Vuestros labios, en esta desdichada ocasión han venido a demostrarme la triste verdad que encierra la ya citada sentencia bíblica.

Yo pido al cielo, mis amados niños, que no siga sucediendo así.

Llenad vuestra mente con ideas de bien y de virtud; procurad que éstas, como semillas, alimenten sus raíces en vuestro corazón, y sea vuestra palabra a manera de imagen de ese bien que cultiváis y atesoráis; o como fragancia exquisita del riquísimo huerto de vuestras almas.

Aún cuando recibierais daño, sed como rosa de la fábula; perfumad con vuestra fragancia la mano que os corta y estruja, la planta que os pisa y marchita. De esta manera la boca dará siempre la feliz noticia de la benevolencia que atesora vuestra alma.

¡Oh! entonces, qué bien sabrá clamar con un grito que se oiga de un Polo al otro Polo: "De la abundancia del corazón habla la boca".

No sé quién dijo, poco más o menos, lo siguiente: "los niños son esperanza risueña de gloria que vé la Patria brillar en su cielo".

¿Alcanzáis a comprender la certeza de este bellissimo pensamiento?

¿Verdad que lo véis con claridad meridiana?

Entonces, ¿por qué eclipsáis los ojos de una madre amantísima, la Patria con lágrimas de amargo desengaño?

¿Por qué apagáis, con erupciones de tiniebla el brillo que ella anhela ver en nosotros?

¡Oh! sed siempre buenos, y en todas las manifestaciones de vuestra conducta, "sed esperanza risueña de gloria que vé la Patria brillar en su cielo".

Así lo desea y lo pide al Ser Supremo, por los siglos de los siglos, vuestro amantísimo pastor.

Fray ALEJO
Noviembre de 1926.

FRAY ALEJO DEDICA ESTE SERMON A QUIENES USAN
LA LENGUA PARA HACERLE DAÑO A SU PROJIMO
DICIEMBRE DE 1926

Castigat riendo mores.
SANTEUL

¡Ay! Hermanos míos. . .!

Dispensadme que comience con una queja, porque no puedo ocultaros que durante mi labor de sacerdote hay asuntos y problemas que me veo precisado a tratar y resolver, los cuales son tan penosos y deplorables que, antes que las ideas del cerebro, me sacan una queja de lo más hondo del corazón.

Una cliente mía —quien sabe si sea mejor llamarla feligresa—, vino a pedirme consejo; de cómo haría para librarse de la mala lengua de su comadre que, según supo ella en casa de una tía política suya, habíale hecho tales ausencias que le dejó vestido, cuerpo y alma, como se dice vulgarmente, de la basura.

¡Ay!, me decía la pobre lesionada, quemándose de cólrea y saboreando las amargas lágrimas que destilaban de sus ojos: “Si yo estuviera cerca de ella y Ud. me autorizara con algún consejo evangélico, se la mochaba provisionalmente con el cuchillo de la cocina; se la quemaba con un grueso tizón del hogar o cuando menos le apretaba el cuello hasta que la sacara toda (la lengua), y luego, después de atársela con un mecate, la amarraría del carretón de la basura. . . ¡Qué horror! ¡Qué horror!; exclamé cuando ella concluyó la trágica narración de sus vengativos deseos.

Y cuando me hube repuesto de la horrible impresión que tales palabras me produjeron le dije:

Calma, calma, hermana mía, Cristo ordena que perdonemos y ésto lo ha enseñado con palabras y con ejemplos.

Mire Ud.: a El le desgarraron el cuerpo hasta dejárselo todo llagado; y la lengua de sus enemigos no solo se concretó a escupirle en el rostro, sino que lo insultó y lo calumnió, y El a todo respondía con obras buenas y con dulcísimas palabras de perdón.

¡No,—me dijo decepcionada la señora—; esa doctrina es muy dura y creo que no me sirve para darle la vuelta al mundo, porque no me siento con pellejo de mártir.

Mire Ud. continuó diciéndome—, que esa talísima de mi comadre es de este color, y tiene este sabor, y pesa tanto, y se soltó contándome la vida y los milagros de su comadrita con todos sus pelos y señales.

¡Ay! hermanos míos, hagan Uds. cuenta que, me había llovido pedrisco en la cabeza. Me dejó la Sra., los sesos, en revolución, con la biografía trágica de la tal comadrita.

Bueno, le dijo, cuando se calló: vaya Ud. en paz y ruegue por mí.

No comprendo—me replicó—, por qué si le pido una receta de conducta, me resulta con la paz mía y el encargo de rogar por Ud.

Sí, señora, por que venía con ímpetus guerreros y ahora debe irse en paz; y como el alboroto de su lengua me dejó en malísima condición la cabeza, necesito que hoy mismo también ruegue Ud. a Dios para que no vaya a brotarme lo que me ha dicho en granos ulcerosos.

Más, ya que parece empeñarse en oír mis consejos, la despacharé con aquel Libro Bíblico cuyo autor fué Jesús, hijo de Sirac (o Sirácides) sapientísimo e inspirado profeta de Alejandría del siglo II a. J.

Pues, bien, en el Cap. XXVIII versículo 28 está la receta que me pide. Dice así: “Haz de espinas una cerca a tus orejas y no des oídos a la mala lengua, y pon puerta y candado a tu boca”.

Y además de esta cita para Ud., que posee la misma enfermedad de su comadre, tiene también en el mismo Cap., el versículo 29 que dice: “Funde tu oro y tu plata y haz de ellos una balanza para tus palabras y un freno bien ajustado a tu boca”.

¡Pero. . . éso dice el tal Libro?

Sí, señora, véalo y léalo con sus propios ojos, le dije, mostrándole el referido Capítulo.

¡Ay; pero cómo ha de ser así. . .! ¡Nada contra ella y todo para mí! ¡Nomás eso me faltaba!. Bonita figura voy a hacer yo, por esos mundos de Dios con las orejas convertidas en nopal y con puertas y candado en la lengua. No, eso es imposible; es antiestético. ¡Qué diría mi comadre cuando me viera así!

Ud. no me ha comprendido; yo quiero el remedio para ella.

¡Vaya! ¡Vaya!. No tome eso al pie de la letra, está en sentido figurado lo que ha leído.

Lo de la cerca significa que Ud. se defienda de oír cuentos, que no consienta escuchar algo desagradable que dijeron manganita o sutanita, de Ud. que huya de los cuentistas y chismosos y que aprenda a callarse y no se suelte como lo ha hecho aquí conmigo contándome la biografía de su comadre, desgarrándole en su honra como, según le avisaron a Ud., lo hizo ella.

Con respecto a lo de la balanza y lo del freno, significa que pesemos siempre, meditando lo que queramos decir, y contengamos nuestros ímpetus pasionales, porque según el Rey Sabio: "Quién guarda su boca, guarda su alma; pero el considerado en hablar, sentirá los perjuicios".

Y ahora sí: "Vade in pace".

Y se mudó de mi presencia, según comprendí yo rumiando las tristes y duras; pero saludables enseñanzas que había escuchado.

¡Ay! hermanos míos! y pensar que esto es lo común entre tantas gentes. . .!

Así se vive en muchas regiones de este desdichado globo terrestre, y no será difícil que en Marte, Júpiter y Saturno, esté sucediendo exactamente lo mismo.

La lengua, en vez de servir para buenas obras y cantarle alabanzas al Señor, la usamos para 'recortar', 'murmurar', 'difamar', 'mentir', 'calumniar', 'maldecir', etc. etc. etc.

No puedo menos de aconsejaros que no olvidéis las importantes enseñanzas que se desprenden de este sermón y qué, diariamente al acostaros y al levantaros, y antes y después de las comidas, meditéis en la filosofía de las citadas recetas.

Pero muy particularmente yo os recomiendo con todo empeño que, cuando os venga la tentación de usar mal vuestra lengua, le digáis al Supremo Hacedor aquellas palabras del Profeta David: "Pon, Señor, una guarda en mi boca, y un candado que cierre enteramente mis labios".

Si de esta manera lo hiciéreis, estad seguros de que el mundo se arreglará en 24 horas y cesará la guerra que, por extravíos de la lengua, trae al mundo enloquecido, y la paz reinará en todos los hogares.

Este sería el mejor, el más sabroso fruto de las prédicas de este pobre fraile

que hoy se despidе para siempre de vosotros y por última vez se complace en obsequiaros la más sincera de sus bendiciones.

Fray ALEJO.

SERMON SOBRE "LA MUJER Y EL IDEAL DE LA MORALIDAD"

JULIO 1929

La mujer es la base de la familia. El molde, un molde que debemos conservar puro. La Madre. La Patria.

Palabras tomadas de un mundano libro de Julio Sesto.

Amados oyentes míos:

Entre los ideales humanos debe existir el de la moralidad.

Consiste en el mayor grado de perfección alcanzado en las costumbres de los individuos y la sociedad civil.

Los principios y relgas que rigen esas costumbres no han sido obra del capricho de los hombres, son verdades inmutables que constituyen "la ciencia del vivir bien," reconocidas, explicadas y recomendadas por moralistas y sociólogos y exigidas y sancionadas por legisladores.

De esta manera es posible conseguir, en gran parte, que reinen el orden, la paz y el bienestar de la sociedad civil.

Nuestra aspiración suprema es, pues, que abunden en mayor número los buenos, los justos y los virtuosos.

Esta es la suspirada perfección humana de las costumbres.

No hay para que detenernos en pormenores de esa moralidad, porque lo sabemos todos: sus principios y reglas informan o debieran informar nuestra conciencia en todos los actos de la vida.

Y no vaya a pensarse que se trata de una de esas verdades accidentales, cuya existencia nos es indiferente. No; se trata de una verdad necesaria. Los pueblos más civilizados en ciencias y en artes han caído para jamás levantarse, por ausencia de la moral.

Tanto la calidad de las unidades sociales, como la firme cohesión que las une para formar un conglomerado, tienen que ir en razón directa de su moralidad.

Entre los factores principalísimos para obtener la ya tantas veces mencionada moralidad, existe la poderosa e innegable influencia que la mujer ejerce.

Ella, en los papeles que el destino le ha deparado en la gran comedia humana, debe ser gran artista; si no quiere poner en peligro de fracaso el éxito de la civilización y el progreso de los pueblos.

Como hija, como esposa, como madre tiene en su cerebro y en su corazón el porvenir del mundo.

Más, para que llegue a estas alturas urge que en el concepto de ella misma y del hombre, encarne la filosofía cristiana que fué quién la hizo princesa y reina de los hogares, y á quien se debe también el respeto y la veneración que se le guardan.

Es indiscutible que la mujer forja dentro de su cuerpo y su alma la raza de las naciones; que es la base de la familia y el molde de su carácter.

Por estas razones es menester dignificar a la mujer, pues de otra manera sería imposible dignificar a la sociedad. Y no hay forma alguna de dignificación que no estribe en el grado de su moralidad.

La mujer debe ser fuente de bondad, de ternura, y de todo aquello, en fin, que sea riqueza moral de las almas.

Con afán que supere al que hoy pone en buscar atavíos que adornen el exterior de su persona, para agradar a los hombres necios que la solicitan, así debe ser el afán empleado en la búsqueda del ideal de perfecciones.

Todo lo demás solo puede reputarse como vanidad de vanidades que halagan el placer fugaz de los hombres: lo seguro, lo único que vale ante Dios y ante ellos, no es la hermosura pasajera, que carcomen el tiempo y los gusanos, sino la belleza de un ideal moral que atraviese el tiempo sin gastarse con el roce de los siglos, y las vuelva dignas y merecedoras de respeto, de estimación y del aplauso universal.

SERMON SOBRE LA LLAMADA FIESTA DE LA RAZA
OCTUBRE—NOVIEMBRE DE 1929

Amados oyentes míos:

Los gloriosos acontecimientos históricos, mientras más se alejan de la fecha en que sucedieron, parece que van cobrando fulgores más vivos.

¿Es que las generaciones como los niños, necesitan crecer en edad y en sabiduría para poder justificar el valor de las acciones de sus semejantes?

¿Es que los soles de la gloria en su ascenso a la eternidad brillan más, porque van haciéndose tan viejos como Dios que los inspiró? Quizá pudiera ser esto solamente, hermanos míos, más también podríamos asegurar que las pasiones humanas como las brumas y las nieblas son capaces de oscurecer el sol y las estrellas. Empero el tiempo, filósofo de oficio, disipa, en el cielo de la vida, con su paciencia eterna, con su experiencia de juez infalible, miseria por miseria y va colocando en su lugar una atmósfera diáfana, —la justicia—, que deja ver las obras tal como fueron en su primera y real intención.

Y es entonces cuando nomás los espíritus obstinados en cerrar los ojos de la razón, en maniatar sus voluntades y en uncirlas al fatídico carro de la injusticia y la ingratitud, se atreven a negar que es glorioso lo que los siglos han confirmado como glorioso. Solo ellos, los sofistas y amadores de la tiniebla, se rebelan contra la verdad, combatiéndola inútilmente, pues la mentira siempre ha caído y caerá para no levantarse jamás en esa tumba miserable, la tierra, mientras la verdad vive por los siglos de los siglos esplendorosa como un sol, por que es hija de Dios y eterna como El.

Hoy, hermanos míos, después de cuatro siglos y treinta y siete años, —con este criterio histórico por norma—, todos los pueblos que fueron sustentados, desde su infancia, con la cultura hispana, y entre ellos nuestro México, reconocemos la gloria de España.

Y justos y agradecidos vemos en Cristóbal Colón a uno de esos superhombres con que la Providencia suele regalar de cuando en cuando a la humanidad y a la historia.

Más, para cantar como merece la hazaña del 12 de octubre de 1,492 y la gloria que a España corresponde, no encontré palabras más afinadas y de mejor calidad que las dichas en memorable ocasión por el cultísimo Obispo Chileno Monseñor Jara:

“...novilísima nación hispana, madre fecunda de santos y de sabios, cuna de intrépidos conquistadores y de invictos capitanes, jardín inagotable de artistas y poetas, arsenal de genios para las ciencias y las letras, álzate ufana a recoger el tributo debido a tus acciones heroicas y a tus ingentes sacrificios.

Por que has dado a luz un mundo, tu sangre, tu religión y tu lengua, vivirá en tus descendientes y no habrá fuerza capaz de romper esa triple cadena que mantiene unido a tus entrañas el continente americano”.

¿Qué más podrían agregar nuestro agradecimiento, nuestra justicia y nuestro amor en alabanza de España por la magna empresa cultural que realizó en los pueblos de América?

¿Qué podrían restarle de esa gloria, sin rebajarse a sí mismos y pasar por canallas y mendaces, los enemigos de esta raza de genios de la virtud, del valor, de la ciencia y del arte?

Nada habrá que engrandezca lo que ya es grande; pero tampoco nada habrá que pueda envilecer lo glorioso y lo sublime de verdad.

Hoy, amados hermanos míos, en este día de feliz recordación, ufanémonos de ser descendientes por sangre y por cultura de Madre tan gloriosa.

Movamos las voluntades hasta juntar nuestros anhelos en un poderoso núcleo de naciones para que no sea sueño vano sino realidad hermosísima la existencia de la América Española. Conservemos incólume el tesoro de nuestra lengua tan rica como bella y los fundamentos de nuestra cultura cristiana en la más poética y eficaz de sus formas: el catolicismo, que ha sido fuente de nuestra moralidad y de las más heroicas acciones.

¡Dejad para nietos desnaturalizados e ingratos la innoble tarea de enmudecer en este día ó de renegar de su Abuela, cambiando los sellos atávicos de su alma por la marca infamante de transtugas envilecidos!

Desde lo más hondo de nuestras almas, para desahogo de nuestros corazones amantes, agradecidos y nobles, clamemos así:

¡Loor eterno a la heroica y gloriosa España!

¡Amor sincero y gratitud inmensa para esa Madre cuya cultura hemos heredado y cultivaremos sin abdicaciones traidoras.

SERMON DE FIN DE AÑO
DICIEMBRE DE 1929

Hermanos míos:

Nada puede entristecernos el alma como la muerte de un año. Y no por otra cosa sino porque es la época de "los balances interiores".

Después de pesar y calificar las obras que emprendimos y realizamos durante los doce meses, venimos a caer en la desconsoladora cuenta de que dejamos sin verificar muchas cosas, por pura indolencia; de que hay siempre quien no supere; de que lo malo es más que lo bueno; de que hicimos daños si no irreparables, si de reparación, que dura hasta la eternidad.

Pasando ahora de lo general a lo particular, encontramos que de esto que llevo dicho han de lamentarse los niños, los jóvenes, los hombres y los ancianos. Pues cada uno tiene un programa de acción que está de acuerdo con sus necesidades, con los ideales de perfeccionamiento y hasta con sus propias energías. Y lejos de estimularnos unos a otros para subir la empinada cuesta de la educación y del cumplimiento de nuestros deberes parece que nos estorbamos, en no pocas veces perdemos la ruta y reaccionamos.

He aquí los problemas que nos preocupan: ¿Cómo aumentar el número de placeres para embriagar nuestra existencia? ¿Cómo ganar más dinero para comprarlos? ¿Cómo tener más poder para dominar y humillar a nuestros hermanos?

Y van muriendo los años uno tras otro y cada balance nos resulta con un Capital Líquido de puras vanidades. De esas que un día, esfumará la muerte y que para nada nos sirven allá en la vida eterna.

Y no vayáis a suponer que deo excludos de vanidad a los que cree haber hecho todo con solo creer y rezar; pues ya lo dijo Cristo: No el que me grite: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que cumpla la voluntad de mi Padre.

Y si quisiérais saber cuál es ella, poned los oídos en las palabras que dirá a los buenos en "el último día": "Venid benditos de mi padre a gozar el cielo; porque distéis de comer al hambriento; de beber al que tuvo sed; y que vestir al desnudo."

¿Lo habéis comprendido? . . .; y hay hombres, y sedes y desnudeces no solo de cuerpos, sino también, y lo que es peor, ¡de almas!

Hemos pues venido al mundo para amar al prójimo, haciéndole todo el bien

que podamos. He aquí la única moneda con la cual habremos de conquistar la satisfacción de nuestras conciencias y la felicidad suprema.

¡Dichosos de los que han practicado la justicia conformándose con gozar los derechos que tienen y con cumplir los deberes que les corresponden!

¡Dichosos de los que han tolerado y perdonado las flaquezas de su prójimo!

¡Dichosos de los que no han despreciado y ofendido a los pobres! ¡Dichosos de los que han aliviado miserias morales y físicas!

Dichosos de los que no han hecho daño alguno en la honra ajena!!

¡Dichosos, en fin, de los que no han dejado pasar la oportunidad de hacer un beneficio y de trabajar por su propia cultura!

Y no por otra cosa, hermanos míos, sino por que al hacer "el balance de sus conciencias", en el último día de 1929, pueden acallar las voces de sus remordimientos y de sus anhelos con un considerable Capital Líquido de buenas y meritorias obras.